

Átopos. Salud Mental, comunidad y cultura. Historia de las ideas psiquiátricas. Vol. I, nº 1. Exlibris ediciones S.L.

La reciente aparición de esta publicación periódica fue oportunamente saludada con efusividad desde estas páginas. Inició su singladura con un monográfico dedicado a un tema que en los últimos años ha despertado de manera muy viva el interés de los profesionales de la salud mental (Desastres: consecuencias y estrategias de salud mental ante las catástrofes). Los sucesos del pasado 11 de Marzo en Madrid relanzaron aún más la dramática actualidad del problema y el interés por ese monográfico.

La siguiente entrega, objeto de esta reseña, pone de manifiesto el interés de la publicación por mostrar su vocación dialéctica, genealógica, intelectual a la par que científica, ajena tal vez a los espacios consabidos, revisitados hasta el paroxismo por la maquinaria editorial útil a un academicismo psiquiátrico ramplón. Así, con una selección de firmas indiscutibles, *Átopos* presenta en esta ocasión algunas incursiones en la historia de las ideas psiquiátricas.

Inicia este número P. Pichot con un recorrido por la evolución histórica de los conceptos de trastorno del estado de ánimo y de ansiedad. Es éste un grupo de problemas que invade todos los rincones de la psiquiatría. Un clásico estudiado y estudiable en sus aspectos epidemiológicos, clínico-asistenciales, teórico-conceptuales, etc, y particularmente mal resuelto en sus relaciones nosológicas —como aquí señala el célebre psiquiatra francés— así como en las últimas propuestas nosográficas, hasta el momento vigentes tanto en clínica como en investigación. Con independencia del artículo de Pichot, las últimas páginas de la revista están dedicadas precisamente a un nuevo programa de la OMS, centrado en un problema estrechamente relacionado con esa deriva de la clasificación de los trastornos afectivos: la comorbilidad de la depresión y otras enfermedades.

El artículo de Mauricio Jalón realiza a través de siete notas un ejercicio de erudita reflexión, manteniendo una amplia mirada temporal, sobre la historia del pensamiento y teoría psiquiátrica. La discusión aborda la situación del sujeto a comienzos de nuestra era; el nuevo individualismo del Renacimiento y sus complicaciones; la revolución científico-racionalista observada desde dos polos, Descartes y Pinel; y finalmente las interferencias de la mirada alienista, en torno a 1800, con la gran filosofía.

José Luis Peset revisa diferentes enfoques metodológicos e historiográficos, mostrando la evolución de los modos de historiar la psiquiatría, desde las primeras incursiones autolegitimadoras hasta el construccionismo, pasando por la obra de Foucault y la abundante historiografía crítica, o las aportaciones de la escuela de Cambridge. Alude finalmente a un

eclecticismo que hace propio desde una ingenuidad proclamada, que el conocimiento de su obra y de su magisterio no nos permite concederle.

La creciente presencia de las aportaciones de Jean Garrabé en el ámbito de la psiquiatría española y más en concreto de las relacionadas con la historia de la psiquiatría, se reafirma en esta ocasión con un recorrido, necesariamente panorámico, por los avatares de la psiquiatría del siglo XX. Lo hace desde una perspectiva internalista muy pegada a los saberes y a la producción teórica y científica emanada de los «grandes textos», ligados normalmente a «grandes figuras», aunque sin recrearse en exceso en panegíricos autocomplacientes.

Rafael Huertas presenta un estudio acerca del debate sobre la reforma psiquiátrica en la España del primer tercio del siglo XX. Pueden encontrarse en el mismo no sólo importantes antecedentes históricos sino innegables puntos de referencia para quienes estén interesados en conocer el pensamiento crítico y alternativo que sirvió de base para las reformas asistenciales iniciadas en los años ochenta. El autor se centra en las teorizaciones sobre el nuevo «modelo» planteado por las iniciativas de la Mancomunitat de Diputacions de Cataluña (1914-1924) y la reforma psiquiátrica iniciada por la Segunda República. Presta especial atención al papel que la higiene mental jugó en estos intentos de transformación del dispositivo asistencial psiquiátrico en España.

Átopos, en fin, nos llega como una revista decidida a sobrepasar los —ya de por sí indefinibles— ámbitos de los saberes periféricos a la borrosa disciplina de la salud mental. Con la loable aspiración a impactar el interés de un lector cultivado, dispuesto a enriquecerse disfrutando con ‘Una lectura de «La conciencia de Zeno» de Italo Svevo’, escrito por M.J. Gil Bonmatí; pasear, mediante el relato de Ana Moro, por la Galería Jeu de Paume de París, observando la primera muestra de arte realizado por pacientes psiquiátricos que Francia organiza en una institución de arte contemporáneo. O sentirse sobrecogido con el ejemplo, que nos ilustra Ana González, de los devastadores efectos que la locura «cuando no es genial» puede llegar a ejercer sobre el ser humano, como en el caso Nijinski. Destacable en estas páginas sepa de la revista el trabajo de Francisco González Aguado sobre ‘El significado musical y la emoción en la música’, que nos introduce en un mundo repleto de matices, donde se anudan los sentidos, el intelecto y las emociones. Texto delicioso que deja constancia de una erudición y sensibilidad musical que no desconocíamos en absoluto.

Antonio DIÉGUEZ

CAGIGAS, Ángel (2003), *La histeria de Charcot*, Jaén, Del lunar. 142 pp.

«Del lunar» es una editorial extraña (por lo poco habitual), heterodoxa y algo sorprendente, tanto por los títulos que publica, como por su formato y diseño., Ángel Cagigas, profesor de Historia de la Psicología en Jaén y uno de los artífices indiscutibles de las ediciones del lunar, es también el autor del libro que ahora reseñamos: *La histeria de Charcot*.

La heterodoxia y originalidad a la que antes he aludido aparece en esta publicación, que no recoge un análisis profundo del concepto de histeria, ni de sugestión; que no explica, una vez

más, las conocidas diferencias entre la escuela de París y la de Nancy y que no pontifica sobre la importancia de este concepto en el ulterior pensamiento psicoanalítico. Por el contrario, el texto, breve y conciso pero suficiente, se pone al servicio de la imagen, de la iconografía: de la iconografía de la Salpêtrière. El libro es, en realidad un atlas de imágenes: de fotografías y dibujos de Charcot, de su casa, de su clínica, de sus colaboradores y de sus pacientes; y, como plato fuerte, las fotografías de Albert Londe, el médico-fotógrafo, responsable del servicio de fotografía de la Salpêtrière y autor de la mayoría de las imágenes fotográficas aparecidas en la revista *Iconographie photographique de la Salpêtrière*, editada por Bourneville y Régnaud, bajo la dirección de Charcot, entre 1876 y 1880, y en la *Nouvelle Iconographie de la Salpêtrière*, editada por Richer, Gilles de la Tourette y Londe, también bajo la dirección de Charcot, de 1888 a 1890.

Fotos de histéricas, con y sin los efectos de la sugestión hipnótica, desfilan por las páginas de este bello libro, recordando los esfuerzos técnicos y clínicos de los médicos de una de las más paradigmáticas instituciones francesas.

A la vista de estas imágenes, pienso que en el enorme valor clínico que llegó a otorgárseles, en un momento en el que el método anatomoclínico se aplicaba insistentemente, no siempre con éxito, en el estudio y explicación de los trastornos mentales, la fotografía se convertía en una pieza de convicción con valor probatorio (diagnóstico y pedagógico) y con valor de previsión (pronóstico y científico) que permitía anticipar «el saber en el ver». Se llegaba así a la objetividad máxima, al ideal de la observación clínica, en ausencia de lenguaje (hablado): un mensaje sin código, en el sentido de Barthes, un grito desesperado de «voilà la vérité».

Un libro de imágenes, diferente y, en cierto modo complementario, de otro publicado hace años por Georges Didi-Huberman y titulado *Invención de l'Hysterie. Charcot et l'iconographie photographique de la Salpêtrière* (1982).

Las últimas páginas del libro recogen una serie de reproducciones de obra de la artista Marina Núñez que ofrece su particular visión de la histeria, cuyo indiscutible carácter plástico es aprovechado en esta ocasión para resaltar el elemento mimético y, en definitiva, la consideración de la histeria como un medio de expresión más del ser humano.

Rafael HUERTAS

MARTÍ BOSCA, José Vicente & REY, Antonio (editores). *Actas del I Simposium Internacional Félix Martí Ibáñez: Medicina. Historia e Ideología*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2004; 271 pp.

Las *Actas del Primer Simposium Internacional Félix Martí Ibáñez* recogen las aportaciones del encuentro y la reflexión colectiva que tuvo lugar en la Biblioteca Valenciana el pasado día 12 de febrero de 2004, formando parte de una serie de actos e iniciativas que, con el título genérico de «Viaje alrededor del Dr. Martí Ibáñez», se han celebrado en la institución valenciana y entre los que cabe destacar una interesante exposición, así como la edición de una antología de textos del médico anarquista Félix Martí Ibáñez y, finalmente, el citado *Simposium*, cuyos contenidos aparecen ahora en el libro que comentamos. Actividades, todas ellas, que son con-

secuencia de la entusiasta labor de José Vicente Martí Boscá y Antonio Rey, empeñados en rescatar y analizar la figura y la obra de un personaje peculiar en una compleja España: la de la crisis de la Restauración, la Segunda República y la Guerra Civil.

El debate en torno al llamado «problema de España» había traído consigo un proyecto de renovación política, cultural y científica en cuyo origen se encontraba el núcleo krausista, como expresión ideológica de una burguesía débil que fue creando intelectuales con vocación de alcanzar el poder. El institucionismo y el regeneracionismo liberal-burgués, con matices más o menos acusados, pretendieron una modernización y culturización de España, coincidiendo en la necesidad de elevar el nivel técnico y científico, desde un elitismo racionalista instructor de los grupos dirigentes. Sin embargo, no podemos olvidar un segundo proyecto de modernización y de transformación social, de carácter revolucionario y emancipador, protagonizado por el movimiento obrero. Ambos proyectos tenían en común su talante anticlerical, antimonárquico y republicano, pero se alejaban ideológicamente en su manera de entender el regeneracionismo social: burguesía liberal *versus* proletariado; reforma *versus* revolución. Si contar con las diferencias conocidas entre el movimiento obrero de inspiración socialista o social-demócrata y el de cuño anarquista o anarco-sindicalista.

El primer capítulo del libro, titulado «Ciencia y revolución en la España de Martí Ibáñez», del que es autor José Luis Barona, llama la atención sobre este doble proyecto modernizador y explica con gran claridad y solvencia los elementos más característicos del discurso científico en el universo libertario: sus órganos de expresión más destacados, sus preferencias temáticas, sus objetivos de liberación y el papel que la ciencia debía desempeñar, etc. Se trata en definitiva de una cabal reflexión sobre la función ideológica de la ciencia y su significado revolucionario en el movimiento obrero español; y, en relación con el resto del libro, resulta una muy acertada apertura, pues permite ubicar a Martí Ibáñez en una de las dos Españas, pero además en un contexto concreto de una de ellas; en definitiva, en el marco histórico e ideológico en el que se desarrollarán buena parte de su obra y de sus actividades.

A partir de aquí, el libro aporta una serie de trabajos, que podemos dividir —aunque resulte un poco esquemático— en dos grupos, en dos opciones historiográficas, en dos maneras de acercarse a la temática propuesta y, en suma, en dos formas —diferentes pero complementarias— de «viajar» alrededor de Martí Ibáñez: por un lado, un grupo de trabajos de contexto, que nos permiten «ver el bosque» y apreciar mejor donde aparece plantado el «árbol»; es decir, aportaciones «marco» —en las que nuestro personaje no es protagonista directo— que nos muestran las problemáticas históricas, generales o específicas, donde se ubicaron y desarrollaron sus diversas actividades.

Me refiero a trabajos como el de M^a Fernanda Mancebo, «De la República al exilio: contexto histórico», que nos orienta y sitúa muy acertadamente en el momento político anterior a la guerra civil y en el del exilio; un exilio al que se vio abocado Martí Ibáñez, como tantos españoles y españolas, perdedores de aquella guerra que acabó con la que Gabriel Jackson denominó «primera democracia española». O como el artículo interesantísimo de Isabel Jiménez Lucena que analiza el proyecto sanitario que el anarcosindicalismo elaboró y desarrolló en España. Un modelo que se caracterizó por la oposición al modelo sanitario burgués y, sobre todo, por la colectivización de los recursos —que evitaba la desigualdad en el acceso a los servicios sanitarios—; por una concepción integral de la salud —en la que los aspectos preventivos desempeña-

ran una función primordial—; y la participación de la población (de la clase obrera) en la organización y gestión de los servicios sanitarios. Este modelo sanitario —comunitario, descentralizado y participativo—, defendido desde los órganos de expresión anarquistas, se completó con la iniciativa de intervención directa en el ámbito de la salud, a través de la Organización Sanitaria Obrera, en cuya propia fundación participó Martí Ibáñez, además de desarrollar parte de su actividad asistencial en los consultorios gratuitos de dicha organización. Creo que a nadie se le escapa que el debate sobre la organización y gestión de los servicios sanitarios públicos tiene hoy día una innegable vigencia y que, aunque el momento histórico, político y social es diferente, seguimos debatiéndonos entre modelos liberales y modelos colectivizados de atención a la salud; entre razón gerencial y razón asistencial; entre desigualdad privatizadora y equidad con justicia redistributiva. Viejas polémicas en escenarios diferentes con el telón de fondo de las políticas sanitarias y su manera de intervenir sobre el estado de salud de la población.

Javier Navarro es autor de un libro importante publicado en 1997 y titulado «*El paraíso de la razón*». *La revista Estudios (1928-1937) y el mundo cultural anarquista*. En esta oportunidad incorpora sus conocimientos sobre el movimiento anarquista español en general, y sobre este órgano de expresión en particular, para explicar el sentido de las colaboraciones de Martí Ibáñez en esta publicación. *Estudios*, no cabe duda, constituyó una importante plataforma de propaganda y un vehículo de información y comunicación alternativa a la prensa burguesa, contribuyendo a la creación de una cultura libertaria. El Consultorio Psíquico-Sexual que Martí Ibáñez mantuvo en la revista, así como otras colaboraciones, son un buen ejemplo de los intentos pedagógicos dirigidos a la transformación de hábitos y modos de comportamiento de la vida cotidiana.

Por su parte, Raquel Álvarez, gran conocedora del movimiento eugénico nacional e internacional desarrollado en el primer tercio del siglo XX, ubica las propuestas eugénicas del médico anarquista en un contexto mucho más general, explicándolas a partir de sus escritos —de entre los que destaca «Sanidad, Asistencia Social y eugenesia en la Revolución española» publicado en *Estudios*— y de la actividad desempeñada al frente de la Dirección general de Sanidad y Asistencia Social de la Generalitat de Cataluña. Se destaca, como Martí Ibáñez «arropó», por así decirlo, con un lenguaje y unos argumentos «científicos» los mismos planteamientos que Federica Montseny estaba haciendo desde el Ministerio homónimo, y se identifica como su decisión política más discutida el decreto de despenalización del aborto —con una normativa de plazos: tres meses de embarazo— que fue contestada y criticada por destacadas militantes anarquistas.

Finalmente, una reflexión sobre «La anarquía científica» es la que lleva a cabo Francisco Madrid en un ensayo donde polemiza sobre la ciencia como portadora de «verdades incuestionables» y que, jugando con fuentes anarquistas de los años treinta y con documentos y situaciones actuales, como el sida o las investigaciones genéticas, arma un discurso crítico sobre los errores de una ciencia convertida en una nueva religión y portadora de «verdades incuestionables» que, paradójicamente, no necesitan demostrarse o comprenderse.

El segundo grupo de trabajos aparecidos en este volumen de *Actas* se centran más específicamente en la vida y la obra de Félix Martí Ibáñez. Nos introducimos así en los avatares de sus primeros veinticinco años de vida, en su primera «etapa vital», como la denominan José Luis Ausín y Josep María Calbet, en la que además de recoger datos biográficos de interés, intentan una aproximación a su personalidad que nos desvela su interés por las místicas orien-

tales y a tener como referente interior a Vivekananda y su concepto de religiosidad universal, lo que le llevará no solo a elaborar una tesis doctoral sobre la *Historia de la Psicología y Fisiología místicas de la India. Estudios de Psicología religiosa*, sino a dotar sus deseos y actuaciones en la vida de un idealismo juvenil y «romántico», según estos autores, acorde con la estética de su pensamiento y, en parte, con su propia militancia ácrata.

Su faceta de novelista es analizada por Julián Bravo, en una interesante aportación en la que se identifican, a través de sus tres novelas de juventud: *Yo, rebelde, Aventura y Gesta*, una propuesta narrativa al margen de las modas, del arte para las minorías de Juan Ramón, de las vanguardias o de los experimentos literarios de la generación del 27. Por el contrario, Martí Ibáñez escribe para un público juvenil que, quizá como él mismo, está inmerso en la crisis espiritual y en la desorientación adolescente y post-adolescente, entendiendo el arte como un instrumento de transformación social y utilizando la creación literaria para introducir conceptos y valores de la cultura libertaria: feminismo, sexualidad, naturaleza, nudismo, vegetarianismo, universo obrero, arte, misticismo, rebeldía, etc., etc.

La sexualidad es también el hilo conductor de la aportación de Richard Cleminson al libro que nos ocupa, autor de notables libros sobre el discurso sexual y sexológico del anarquismo, como *Anarquismo y homosexualidad* (1995), o *Anarchism, Science and Sex* (2000), en esta ocasión analiza en profundidad el único artículo de Martí Ibáñez dedicado a la homosexualidad: «Consideraciones sobre el homosexualismo», aparecido en 1935 y, una vez más, en la revista *Estudios*. No se trata de un ensayo libertario, sino de un artículo convenientemente situado en la ciencia y en la sociedad de la España de los años treinta, reflejando las posturas «científicas» más avanzadas al respecto; ya que, frente al pecado, el vicio o la depravación y a su represión, se presenta un modelo patológico de homosexualidad —de etiología endocrinológica o psicopatológica— que es preciso comprender e intentar «curar». Una sexualidad «desviada» que gracias a la ciencia médica será posible hacerla retornar a una sexualidad «natural». Hoy día, podría parecer un discurso estigmatizador, pero contextualicemos históricamente el discurso y recordemos que solo en la primera década de los años setenta del siglo XX, la American Psychiatric Association «matizó» la presencia de la homosexualidad como patología en el DSM, y todavía hubo que esperar a 1992 para que la OMS borrara dicha categoría diagnóstica de la CIE, es decir se su sistema clasificatorio de enfermedades.

He dejado para el final dos trabajos que nos presentan a Martí Ibáñez como psiquiatra y como historiador de la medicina, las dos vertientes profesionales que, al margen de las ideológicas, me resultan más próximas.

José María López Piñero nos muestra la faceta de historiador de la medicina de Martí Ibáñez, nos habla de su tesis doctoral, ya mencionada, dirigida por Eduardo García del Real, catedrático de Historia crítica de la Medicina en la Universidad de Madrid y depurado, junto a tantos profesores, tras la guerra civil. Más importante es su relación con Henry Sigerist y la actividad que en este campo desarrolla en su etapa americana, junto a grandes pesos pesados de nuestra especialidad como George Rosen, a quien llega a prologarle su *A history of Public Health* (1958). Una actividad histórico-médica que, en buena medida, se nos ha hurtado o, al menos, silenciado como posible referente de la historiografía médica española.

Finalmente, Antonio Rey y José Vicente Martí Boscá nos hablan del Martí Ibáñez psiquiatra, analizan con la solvencia y la profundidad de siempre, su obra psiquiátrica y psicológica, aparecida en las revistas médicas españolas y nos presentan un fresco de la producción y

la práctica de este psiquiatra, sin duda, atípico. Sus primeros contactos con la medicina mental fueron al lado de Manuel Saforcada, catedrático de Medicina Legal en Barcelona, cuyo interés por la psiquiatría le llevó a ser presidente de la Asociación Española de Neuropsiquiatría; pero lo cierto es que Martí nunca llegó a incorporarse al grupo de psiquiatras que en torno a la AEN fueron artífices del intento de reforma psiquiátrica de la Segunda República. Probablemente hubiera compartido con ellos buena parte del discurso, pues la defensa de la psiquiatría pública y la nacionalización de los establecimientos psiquiátricos con seguridad estaban en el horizonte ideológico y técnico de Martí Ibáñez. Se destaca, asimismo, su participación en el movimiento de higiene mental catalán y en la organización de la asistencia psiquiátrica en Cataluña durante los primeros meses de la guerra donde, de algún modo, recoge la tradición de la Mancomunitat de municipios catalanes que, antes de su abolición por la dictadura de Primo, había protagonizado una importante reforma de la mano de Vives y Casajoana, Busquet y otros psiquiatras catalanes. Es importante la Conferencia de Asistencia Psiquiátrica e Higiene Mental que Martí Ibáñez convoca y preside y que consigue reunir a casi todos los psiquiatras de Cataluña (los del Frente de Aragón, los de los establecimientos psiquiátricos y los de la Liga Catalana de Higiene mental y del Instituto Psicotéctico de la Generalitat, etc.); reunión de la que Rey y Martí Boscá dan buena cuenta y que a mí me parece un buen ejemplo de la capacidad organizativa del que en ese momento era Director General de sanidad de la Generalitat.

Sin embargo, aunque estas actividades le sitúan próximo a los planteamientos de los psiquiatras liberales o socialistas que participaron tan activamente en la transformación de la asistencia psiquiátrica, su opción profesional fue diferente; como ya he indicado, nunca perteneció a ese grupo que ha dado en llamar la «generación de los *Archivos de Neurobiología*» y, con una formación autodidacta, prefirió desempeñar una labor de publicista y divulgador de aspectos psicológicos y psico-sexuales dirigidos a la clase trabajadora y ejercer como psiquiatra y psicólogo en la ya mencionada Organización Sanitaria Obrera. Es interesante su querencia hacia el psicoanálisis adleriano y su abordaje por otros aspectos de la psicología y, sobre todo, la utilización de ésta como elemento vertebrador de los más diversos órdenes de la vida, como la historia, la sociología, la lucha de clases o la religión.

Estos mismos autores, José Vicente Martí y Antonio Rey, son también los responsables del completo estudio descriptivo de los trabajos publicados por Félix Martí Ibáñez en su etapa española, es decir antes partir para el exilio, un documento de gran utilidad que, sin duda, será de consulta obligada para todos los que a partir de ahora se acerquen tanto a la figura y la obra del autor, como a otros aspectos del movimiento libertario español.

En suma, al margen de la calidad individual de los trabajos que forman parte de este libro colectivo, nos encontramos ante una obra que presenta y analiza por primera vez, desde diversos puntos de vista; esto es, prestando atención a las múltiples vertientes y registros de la obra teórica y divulgadora de Martí Ibáñez, de su actividad profesional y política, y, cómo no, de su pensamiento libertario. Éste ha sido uno de los objetivos de los coordinadores y es, sin duda, uno de los grandes méritos de este libro. La posibilidad de acercarnos por igual al médico, al psiquiatra, al sexólogo, al historiador de la medicina, pero también al divulgador científico, al editor, al escritor y, a través de todos ellos, al revolucionario.

Una última reflexión al hilo de los contenidos del magnífico libro que comentamos, y que tiene que ver con un momento muy determinado de la historia de España, mitificado por

unos, denostado por otros, pero siempre portador de una fuerza explosiva de tensión y de vitalidad.

Es evidente que el avance de los fascismos en Europa o el desentendimiento de las llamadas democracias occidentales conformaron un trasfondo internacional que es preciso tener en cuenta para comprender mejor el desarrollo de los acontecimientos, pero no es menos cierto que la España republicana llegó a constituir un microcosmos muy particular, con sus contradicciones, tensiones, dilemas y discontinuidades que, pese a la esperanza de una profunda transformación social, que globalmente representó, tuvo serias dificultades para poner en marcha el ambicioso programa de reformas, tan brutalmente cercenado por el levantamiento militar del 18 de julio de 1936.

Como en tantos órdenes de la vida, la actividad científica también se quebró y la considerada «edad de plata de la ciencia española» tocó a su fin. La guerra frenó en seco un todavía incipiente sistema científico español que no llegaría a recuperarse en décadas, en primer lugar porque el exilio y las depuraciones (el exilio interior) supusieron una devastadora sangría del capital humano de la cultura y de la ciencia españolas, pero también, en segundo lugar, porque las bases ideológicas y culturales impuestas por los vencedores tuvieron como objetivo expreso extirpar a sangre y fuego cualquier símbolo que pudiera identificarse con el régimen republicano y con las fuerzas políticas y sociales que lo sustentaron, desde el socialismo y el anarquismo hasta la más rancia tradición liberal. Y en este sentido la ciencia —materialista y laica—, asimilada al progreso y utilizada con frecuencia como bandera de Reforma, de República o, incluso, de Revolución, exigió ser reformulada y reubicada en el Nuevo Estado. Así, la identificación de la República con la ciencia y la cultura —como proyecto de la razón, en suma— fue superada por el triunfo final del «Muera la inteligencia» fascista.

Que este libro nos ayude a recuperar la inteligencia de la memoria histórica, el fantástico trabajo realizado por los coordinadores, la variedad y calidad de las aportaciones y la lectura sosegada y reflexiva que hagamos los lectores, permitirán, sin ninguna duda, rescatar del olvido una figura peculiar de la medicina y de la cultura españolas, pero sobre todo, lejos de las hagiografías personales, el optimismo de la libertad de pensamiento, algo necesario, algo imprescindible en cualquier época, en cualquier tesitura política, algo necesario también aquí y ahora.

Rafael HUERTAS